

VISIÓN DEL INDIO EN LOS VIAJES POR EL NORTE DE LA NUEVA ESPAÑA EN EL SIGLO XVIII

FRANCISCO L. JIMÉNEZ ABOLLADO

Tres viajes por el norte de Nueva España, realizados desde ópticas y planteamientos diferentes, desde circunstancias y puntos de vista dispares, según la naturaleza de cada expedición, son los que hemos elegido para la elaboración del presente trabajo. Por una parte, la obra del obispo de Durango Pedro Tamarón y Romeral, que entre 1759 y 1769, escribió sus «Viajes pastorales y Descripción de la Diócesis de Nueva Vizcaya».

Por otra, y siguiendo el orden cronológico de su elaboración, el trabajo del ingeniero militar Nicolás de Lafora, «Viaje a los Presidios Interiores de la América Septentrional», que se realizó entre 1766 y 1768.

Por último, el franciscano Juan Agustín de Morfi, que acompañó a la expedición del primer comandante general de las Provincias Internas, don Teodoro de Croix, y redactó entre 1777 y 1778 el «Viaje de indios y Diario del Nuevo México».

Son tres visitas que en común tienen la geografía y el tiempo en que se llevan a cabo. Pero difieren, como es natural, en la diferente concepción del mundo de cada autor. Las condiciones en que se realizan, los variados puntos de vista, el oficio y misión encargados de cada uno de los autores, hacen que el valor de las fuentes estén en función de las circunstancias. Las tres obras son verdaderas crónicas de una nueva conquista y defensa del norte novohispano contra enemigos de distinta índole y procedencias, potencias extranjeras e indios nómadas indómitos. Como señala María del Carmen Velázquez, se trataba de una «nueva política americana, que recogió los postulados de la del siglo XVI, pero que no pudo menos que estar condicionada por las nuevas filosofías y la competencia internacional más estrecha»¹.

1. VELAZQUEZ, María del Carmen, «El septentrión novohispano» en David PIÑERA RA-

Nos proponemos en el futuro, y en equipo, examinar desde un enfoque antropológico la visión que tuvieron del indio y de su conducta viajeros y españoles que recorrieron el norte de la Nueva España en el siglo XVIII. En la presente ocasión, nos referiremos exclusivamente a los tres viajes mencionados. La visión de los españoles sobre los indios es muy ilustrativa por muchas razones, principalmente la condición del que escribe: un misionero, un obispo o un militar de carrera. Sin embargo, la reunión de datos procedentes de informaciones transmitidas por diferentes visiones adquiere un valor etnográfico de extraordinaria importancia.

Un dato común a los tres viajeros fue el tratamiento que dieron en sus «diarios» a los temibles apaches. Fueron éstos los indios contra los que se enfrentaron militares, pobladores y religiosos, cada uno en sus respectivos campos.

El obispo Tamarón empieza a observar la ferocidad de los apaches cuando visita los presidios de Frontera y Terrenate en Sonora, que precisamente se construyen para «oponerse a la hostilidad del bárbaro apache». Veía, por lo tanto, justificable el miedo de los misioneros, especialmente jesuitas, ante los riesgos a que se exponían.

Nicolás de Lafora describe su encuentro con los apaches desde la visión del soldado que puede verse atacado. Por lo tanto, dibuja en el texto con claridad el terreno donde se mueven, recogiendo la sensación de impotencia ante un imprevisto ataque:

«... así se ha de transitar con cuidado, pues diariamente cometen los enemigos varios insultos con los pasajeros, valiéndose de la aspereza de las sierras de los contornos, que les ponen al abrigo... Las lomas y sierras de que se componen todos estos contornos ofrecen tal facilidad a los enemigos...»³

No duda en llamarles «bárbaros» y «enemigos», y en decir que son los que hostilizan la Nueva Vizcaya «por estar situados en toda su frontera, desde la provincia de Coahuila hasta Sonora»⁴. Lafora, en pocas líneas, fija con claridad los rasgos distintivos y peculiaridades de los apaches y las diferentes familias que los conforman:

«La nación apache es una misma, aunque con las denominaciones de gileños, garlanes, chilpaines, xicarillas, pharaones, mezcaderos, natu-

MIREZ (coord.), *Visión histórica de la frontera norte de México*, Universidad Autónoma de Baja California-UNAM, México, 1987, pág. 54.

2. TAMARON, Pedro, «Viajes pastorales y Descripción de la Diócesis de Nueva Vizcaya», en *Bibliotheca Indiana. Viajes y viajeros: viajes por Norteamérica*, Madrid, 1958, pp. 1.0141.016.

3. LAFORA, Nicolás de, «Viaje a los presidios internos de la América Septentrional», en *Bibliotheca Indiana. Viajes y viajeros: viajes por Norteamérica*, Madrid, 1958, pp. 273-274)

4. *Ibidem*, p. 276

ges, lipanes, etc, varían poco en su idioma, nada en sus armas, que son arco y flecha; ni en la suma crueldad con que tratan a los vencidos...»⁵.

Lafora es elocuente cuando habla de esa crueldad y salvajismo entre los apaches en Nueva Vizcaya: despellejamiento de sus víctimas, canibalismo, abrir el vientre a las mujeres encinta azotándolas con los fetos hasta la muerte, etc. Y cuando habla de su condición y comportamientos sociales:

«Son sumamente holgazanes, poco o nada siembran, y así se ven precisados a robar para comer, y siéndoles indiferente un pedazo de mula, da caballo o de venado, prefieren ir en busca de lo primero, quitando las caballadas a los españoles, porque con menos fatiga que cazando se aseguran el alimento con mayor abundancia;...»⁶

Es tremendamente descriptivo cuando escribe sobre la vestimenta apache, distinguiendo claramente la indumentaria de guerra y la indumentaria de paz, así como el ropaje que utilizaban cuando hacían rancherías o iban a los pueblos de españoles a comerciar. Sin embargo, no todo es salvajismo y crueldad en las referencias a los apaches que cita Lafora en su «Viaje a los presidios internos de la América Septentrional». El gesto afable, más sociable, se observa precisamente cuando analiza el papel de la mujer apache en la elaboración de la vestimenta y objetos de artesanía:

«...cuando en sus rancherías quieren ponerse de gala... suelen vestirse un chalequito con su manga ajustada hasta el puño, unos calzones regulares, su media y zapato, todo de gamuzas, que cosen con bastante primor, y las mujeres preparan y componen muy bien a este fin...»⁷

Quizás es el padre Juan Agustín de Morfi quien hace más referencia a los apaches, pues durante su viaje por Nueva Vizcaya, Coahuila y Texas recorre las regiones más frecuentadas por ellos. Todo su «Diario» se ve salpicado de noticias que recogen sus reiterados ataques. Era tanto el pánico que experimentaban los pobladores españoles, así como los denominados «indios de paz», ante su presencia, que una simple polvareda en la lejanía podría significar peligro:

«...habíamos descubierto una polvareda que se disipó a pocos minutos, y a la falda del cerro Colorado encontramos sus autores. Eran unos pobres arrieros que conducían vino de Parras a Mapimí y que, descubriendo nuestro polvo, creyeron firmemente que éramos una gran porción de apachería. Les intimidó tanto este pensamiento, que habiéndose podido poner a cubierto... nada más hicieron que pararse en el camino y, sin

5. *Ibidem*, p. 277.

6. *Ibidem*.

7. *Ibidem*.

sacar las pocas y mal dispuestas armas, esperar la muerte por momentos...»⁸

En zonas de Coahuila y Texas algunas tribus apaches, especialmente lipanes, debido a la presencia de sus enemigos comanches, realizaron paces parciales con los españoles acudiendo con asiduidad a las misiones. No por ello, ni españoles ni apaches, dejaron a un lado los recelos y las suspicacias mutuas. El padre Morfi hace acopio de estas manifestaciones, que también se extendieron a los «indios de paz». Se hacía normal en toda la frontera el comercio de los lipanes con los indios de misiones. Aquellos llevaban pieles de cíbolos curtidas y éstos las trocaban por tabaco silvestre, incluso pólvora y balas, a lo que Morfi refiere: «sin advertir que suelen ellos mismos (los indios de misiones) ser las víctimas de esta imprudencia avara»⁹. Estos contactos, según Morfi, son «poco ventajosos para nosotros, que duran mientras no pueden hacernos daño, y sus amigos son ordinariamente las primeras víctimas de su furor»¹⁰

No sólo los apaches entraban en la consideración de «indios de guerra». Comanches y seris también rechazaron con vehemencia y violencia cualquier intento de aculturación y, por lo tanto, procuraron preservar su existencia e identidad. Nos vamos a detener en los comanches, porque en ciertos lugares donde actuaron, concretamente en Nuevo México, Coahuila y Texas, superaron a los apaches en ferocidad y violencia, siendo éstos, a veces, considerados como «indios gentiles de paz», como los denomina el obispo Tamarón. Tanto éste como Nicolás de Lafora, cada uno desde su campo de actuación, uno obispo y el otro militar, presentan a la nación comanche como un pueblo belicoso y guerrero. Ambos acuden a la tradición oral para referirnos el origen y la llegada de estas tribus a Nuevo México. Tamarón y Romeral dice que «esta copiosa, fuerte guerra nación de los comanches se dice y me refirieron vino y se manifestó a la frente del Nuevo México por los años de 1717 ó 1718, y que dijeron haber tardado caminando desde sus tierras 12 lunas»¹¹. Lafora, por su parte, sigue siendo más detallista en sus descripciones. Complementa el origen de la llegada de los comanches a Nuevo México con la descripción de sus costumbres, subsistencia y diseminación por la región:

«Esta nación es de las más guerreras; se dice que vinieron del Norte costeano la cordillera de las Grullas, conocidas por los nuestros hasta cien leguas más arriba de la Nuevo México, y que tardaron seis lunas o meses en llegar hasta nuestra frontera, donde detenidos por nuestras armas, se inclinaron al Este..., y otras andan vagando en el terreno inter-

8. MORFI, Fray Juan Agustín de, «Viaje de indios y Diario del Nuevo México», en *Bibliotheca Indiana. Viajes y viajeros: viajes por Norteamérica*, Madrid, 1958,

9. *Ibidem*, p. 405.

10. *Ibidem*, p. 406.

11. TAMARÓN, Pedro, *op. cit.*, p. 1.033.

medio de este reino... donde hay mucha abundancia de cíbolos, que son su principal alimento, con varias frutas... Sus habitaciones son unas tiendas o barracas hechas de pellejos de cíbolos, y sus armas, arco y flechas, con algunos fusiles que adquieren de los franceses...»¹²

La desconfianza y recelo existentes entre españoles e «indios de paz», por una parte, y apaches, por otra, sobre todo cuando se producían las transacciones comerciales entre unos y otros, también las advierte Tamarón cuando los comanches se acercaban a Taos, en Nuevo México, a feriar sus mercancías:

«Estos comanches son de tal condición, que estando de paz en Taos tratando, otros de la nación embisten de guerra con algún pueblo retirado y los que están de paz, en los rescates, le suelen decir al gobernador: "No te fíes; mira que entre nosotros hay pícaros como entre vosotros. Al que cogieres de éstos, ahórcalo"»¹³.

Los viajeros que recorrieron el septentrión novohispano, aparte de dejar constancia de los peligros y riesgos que generaban la frontera, reseñaban en sus diarios y relaciones otras cuestiones que afectaron a los indios, especialmente a los evangelizados, a los que acudían a las misiones o a los denominados «gentiles, pero de paz». Problemas derivados de la evangelización, religiosidad, idolatrías y tradiciones indígenas, dificultades en las misiones, presencia de indios colaboradores para la colonización etc., se dejan ver en nuestros tres viajeros.

El obispo de Durango don Pedro Tamarón y Romeral se muestra en su obra tremendamente crítico con el proceso evangelizador llevado a cabo por los doctrineros de las órdenes regulares (especialmente jesuitas y franciscanos) en las misiones establecidas en su obispado. Su condición de clérigo secular le hacía observar la posibilidad y conveniencia de ir progresivamente poniendo clérigos en lugar de frailes en las misiones.

Un claro ejemplo de estas disputas podemos observarla cuando al poco de iniciar desde Durango una de sus visitas por su dilatada diócesis, no tiene reparo en referir la condición de los indios tepehuanes:

«Estos tres pueblos de indios tepehuanes son muy pobres, aunque gozan buenas tierras y abundante agua; por flojos y desdichados siembran poco y con esto se contentan...»¹⁴

Y, por supuesto, culpa de esa situación a los doctrineros franciscanos:

«... vive temeroso el pobre doctrinero no se subleven y rompan contra él; son cerrados y poco les penetra la doctrina cristiana, que les pre-

12. LAFORA, Nicolás de, ob. cit., pp. 281-282.

13. Ibidem.

14. Ibidem, p. 961.

gunté y dan corta razón, y como no sabe la lengua el doctrinero... están aquellos indios de los más atrasados en doctrina del Obispado;...»¹⁵

Esta falta de evangelización también la observa en Pecos, Nuevo México. Pero en este caso el problema era la escasez de doctrineros suficientes para llevar la fe católica a los paganos pecos:

«En este pueblo de indios vive de asiento un cura misionero franciscano... Aquí, con más particularidad, se echó de ver la falta de no confesarse los indios si no es en el artículo de la muerte, porque no saben la lengua castellana ni los misioneros las de los indios... Reconvine fuertemente al padre custodio y a los misioneros que intentaron excusarse con que no podían aprender aquellas lenguas»¹⁶.

Otra de las labores que atendió Tamarón fue la erradicación de posibles casos de idolatrías, que, según sus propias palabras, «no pude descubrir, aunque lo solicité en toda mi visita uso o ejercicio de formal idolatría ni se me denunció»¹⁷. Sin embargo, las desconfianzas y recelos siempre estaban presentes en su labor de requerir información sobre las mismas. En Nuevo México sospechó y pidió que se guardara vigilancia sobre una costumbre general en toda ese área denominada la «estufa»:

«Cavando en la tierra tres o cuatro varas de fondo, en redondo como de cinco varas, en cruz, su círculo entero y sobre el haz de la tierra, levantan como vara y media de pared a todo el redondo y lo techan a modo de azotea; la puerta es por el techo, que parece escotillón de navío, con su escalerilla; sin otra puerta ni ventana, de fuera tiene figura de copa de sombrero. Allí dicen tienen sus bailes, con ventículos y juntas y reciben a los indios forasteros»¹⁸.

Tamarón, pese a que esas costumbres podrían perjudicar a los indios, accedió a no erradicarlas por las dificultades que acarrearían.

El ingeniero militar Nicolás de Lafora, separadamente de tener información y conocer bastante bien las cualidades y caracteres de apaches y comanches, conducente a la pacificación y reorganización de la frontera de guerra, concretamente la línea de presidios del norte novohispano, da muestra en su «Diario» de conocer, o al menos de recibir información precisa de las distintas comunidades indígenas que habitaban las regiones que visitó. Conforme va recorriendo las áreas que visita en su «Diario» aparecen anotadas, enumeradas y detalladas las naciones indias de dichas áreas: Nueva Vizcaya, Nuevo México, Sonora, Coahuila y Texas.

Su carácter y preparación militar implica que en su «Viaje a los presidios...» el mundo indígena aparezca tamizado desde esa visión. Es muy

15. *Ibidem*, p. 963.

16. *Ibidem*, p. 1.029.

17. *Ibidem*, pp. 1.038-1.039.

18. *Ibidem*.

normal encontrar pasajes advirtiendo qué indios están de paz y quién de guerra. O incluso atreverse a opinar sobre la instrucción militar de algunos indios, especialmente en zonas comprometidas como Nuevo México. Ve positiva dicha preparación militar de los indios de paz pues, junto a los españoles, pueden hacer frente a las naciones indias enemigas:

«Tanto los indios como los españoles son muy a propósito para la guerra, pues se ejercita en las armas y manejo de los caballos desde muy tiernos, para defenderse de las naciones gentiles que les rodean por todas partes... Las armas de los indios son el arco y flecha, chuzos o lanzas, y algunas escopetas, y muchos tienen sus cueras...»¹⁹

El padre Juan Agustín de Morfi en su «Viaje de indios y Diario del Nuevo México» analiza y enjuicia con un espíritu crítico, la situación en que se encontraban las comunidades indígenas, especialmente las que estaban asentadas en misiones, en los alrededores de presidios, en haciendas, es decir, bajo cierta influencia española. Por ejemplo, en Nueva Vizcaya critica la labor de algunos párrocos y justicias que, debido a la ausencia de visitas de las autoridades, eran propensos a infligir abusos sobre los naturales²⁰; o cuando en la hacienda de Anhele, propiedad del Marqués de Aguayo, en las cercanías del Bolsón de Mapimí, los indios que allí sirven «coyotes, mulatos, pames, tarahumares, etc.; todos se reciben con indiferencia, sin averiguar quiénes son, cuál es su patria, ni si las mujeres que ordinariamente llevan son propias o ajenas»²¹.

Morfi también nos ofrece información sobre la estada de indios tlascaltecas en el norte del virreinato y se remonta a las primeras noticias sobre su presencia en dicho territorio a fines del siglo XVI: su traída para que fundaran pueblos «con lo que respirarían los españoles y acaso se atraería e intimidaría a los bárbaros»²². Esto, naturalmente, se realizó con condiciones, entre las que estaban una serie de privilegios y la conservación de su anterior nobleza. Privilegios y concesiones que estaban en peligro cuando Morfi visitó Saltillo por la avaricia y envidia de vecinos españoles que «no contentos con la inmensidad de tierras que gozan, deseaban a cualquier precio hacerse dueños de las posesiones de los indios, con lo que reducían a estos a la esfera de peones»²³. Todo es alabanza en Morfi cuando se refiere a los indios tlascaltecas. Muestra elogio, por ejemplo, que estas comunidades conserven algunas de sus tradiciones seculares, como la lengua mejicana, sus trajes...; ensalza su laboriosidad: «Sus tierras están perfectamente cultivadas, sin verse en todas ellas un

19. Ibidem.

20. MORFI, Fray Juan Agustín de, op. cit., p. 357.

21. Ibidem, p. 393.

22. Ibidem, p. 389.

23. Ibidem, pp. 389-390.

sólo palmo baldío...»²⁴. En una frase, y siguiendo lo que Morfi dejó escrito: «Esta colonia ha sido madre de muchos pueblos»²⁵.

Esta nuestra primera aproximación por nuestra parte en el denominado Septentrión novohispano nos ha servido para conocer de primera mano, a través de lo escrito por estos tres viajeros ilustres, esta amplia entidad militar-administrativa, demasiado extensa para ser defendida y administrada con eficacia, que era la Comandancia General de las Provincias Internas.

La utilidad de estos «viajes» consiste en que cronológicamente se enmarcan en una época muy característica, la de las reformas del siglo XVIII, cuando la Corona y sus representantes en las Indias quisieron tener un conocimiento exacto de los territorios, los hombres, los pueblos *y* ciudades. Es en este interés de la Corona y los frutos que recogieron estos viajeros en su retina y plasmaron en sus obras donde debemos centrar la importancia de éstas.

Hemos querido mostrar tres perspectivas diferentes, marcadas principalmente por los distintos objetivos e intereses de cada uno de estos «viajeros». Las obras del franciscano Morfi, del obispo Tamarón y del militar Lafora, y de tantos otros que transitaron por la frontera, son verdaderas crónicas de una nueva conquista y defensa del Septentrión de enemigos de distinta índole y procedencia. Pero, a diferencia de la situación en el siglo XVI, ahora los indios del norte conocían la existencia de los blancos y obtenían excelentes beneficios de sus ocasionales contactos. Por su parte, los españoles contaban ya con una larga experiencia histórica: conocían la dura vida de frontera, el lento avance hacia el norte, y lo que podían conseguir en sus relaciones con los indígenas.

Los numerosos juicios de estos viajeros sobre el indio en general, sin entrar en la distinción entre «indio de guerra» o «indio de paz», a veces apasionados y conmovedores, poseen valor tanto en cuanto no tenemos otros medios para llenar un aspecto tan genérico como es la personalidad del indio. Resulta, pues, provechosa cualquier información que pueda aportarnos conocimientos sobre dicha personalidad, sus formas de comportamiento, sus reacciones, etc., ante lo que significó el contacto.

Es nuestro propósito analizar sistemáticamente este tipo de documentación desde el punto de vista de una cultura extraña y dominante, lo que nos obliga a penetrar en la mentalidad de una época y en la personalidad de sus autores. En definitiva, el problema de distinguir entre los datos objetivos y las valoraciones subjetivas para acercarnos lo más posible a la realidad.

24. *Ibidem*.

25. *Ibidem*, p. 390.